



El Eco Orteguano

Número extraordinario

29 de julio de 1906



El Eco Ortigueño

SEMANARIO INDEPENDIENTE

AÑO V

Ortigueira 29 de julio de 1906

NUM. 229

El amor al árbol

Amad al árbol los que améis la vida
porque él la vida guarda
y á vivir nos convida!

Torres Abandero.

«¿Cabe nada más triste que un país sin árboles? Yo los amo como los amaba Taine. Para mí un árbol es algo misterioso, algo que vive una vida sorda, pero fecunda y enigmática.» Así se expresaba un ilustre escritor ocupándose del desmonte sistemático, después de haber demostrado que al talar las selvas se crea el desierto, se aridizan las tierras, cuya fertilidad, factor vital el más importante de un pueblo, obedece al agua que procede de nuestras frondas.

Y recordaba estas y otras afirmaciones no hace muchos meses, ocupándome en conversación con un estimable hijo de ese pueblo, de la sistemática y encarnizada guerra que en nuestro país se hace al arbolado al traerá la memoria entre otros muchos casos parecidos que han dejado en mi ánimo penosa impresión, la tala incalificable de los hermosos álamos que desde Río-Mayor á la Villa hermozeaban y daban fresca sombra á la carretera con su tupida bóveda de verde follaje, operación destructora realizada en 1899, á porfía, con tenacidad digna de mejores empeños y no quiero decir con aprobación (que tal parecía) de alcaldes ciegos y sordos y de sobrestantes mancos y mudos,

lamentándonos á una voz de la poca afición que nuestros campesinos y otros que no lo son, tienen al árbol.

La destrucción *ab irato* de aquella frondosa alameda á las mismas puertas de la capital del distrito, privada así de aquel elemento de salud y de adorno, sin que surgiese un espíritu inteligente y enérgico que pusiese coto al exceso ó obligase á los propietarios de los terrenos colindantes á realizar nueva plantación de especies menos perjudiciales, frutales ó de adorno, por ejemplo y la repetición frecuente de hechos de igual índole, posteriores, nos hacen á todos cómplices de un delito de lesa cultura, por la tolerancia, mejor dicho, por la debilidad con que los vemos y dejamos pasar y, sobre todo, por nuestra indiferencia ante problema tan importante como es el del arbolado, en contraste vivo en el amor que á los árboles se tiene en los países más adelantados.

«Pienso — decía un notable periodista — que nada revela tan gráficamente el estado de cultura de un pueblo, como su amor ó su enemiga al arbolado.» Sin desconocer los positivos avances del nuestro en otros órdenes del progreso, habremos de afirmar rindiendo culto á la verdad, que por este lado no debemos considerarnos exentos de toda culpa, pero sí decidirnos á confesarlo sin rebozo, por aquello de «mal declarado, presto curado», frente al concepto estrechísimo y funesto de los Pangloss que, en sempiterna placidez, se hacen

la ilusión de vivir en el mejor de los mundos: que á su patria no quiere ni á su hogar estima quien sabe sólo entonar loores y no escudriña lo mal dispuesto para enderezarlo, lo no existente para que germine y crezca y lo tradicionalmente vicioso, para sustituirlo por ideas y prácticas más en consonancia con los tiempos que corremos.

Los árboles como elemento de estética, convierten los campos desmontados, yermos y estériles, las landas, páramos é ingratos eriales, de donde los hombres huyen, en paraísos de vegetación exuberante donde la vida se desenvuelve lozana con todos sus atractivos, y hacen también más hermosa y alegre la ciudad. No hay apenas ciudad ó villa próspera en los países más adelantados de Europa y América, que no cuente por millares los más escogidos ejemplares vegetales en sus calles, plazas y avenidas. El ayuntamiento de París, abundando en estas ideas, tiene á su cuidado 100.000 árboles y no sólo ha establecido un excelente plantel de las mejores especies, sino que dispone de un interesante hospital al cual es llevado todo árbol enfermo que requiere atención y solícitos cuidados.

Los árboles constituyen por sus propias funciones un factor higiénico de primer orden, influyendo físicamente en la pureza del suelo y de la atmósfera, en la regulación de las lluvias y las temperaturas y hasta por su benéfica acción sobre el espíritu, en sus distintas formas y variadas tonalidades,

suavizando nuestras ideas y llevando á nuestro animo gratas impresiones, pueden considerarse como los mejores amigos del hombre. Con razón afirmaba el filósofo Ruskin: «¡qué pensamiento tan grande el de Dios, cuando pensó en los árboles!»

Conocida es, asimismo, la utilidad incontestable de los árboles en la agricultura por sus efectos, ya expresada en la periodicidad y repartición de las lluvias, que tanta parte tienen en la feracidad y producción de la tierra. Por entenderlo así, está universalmente reconocida la necesidad de conservar y de aumentar el arbolado y aún la obligación de crearlo, haciendo plantaciones y formando bosques donde no los haya. Todo el que en Suiza derriba un árbol, está obligado á plantar otro en su lugar. Allí bien sabido se tiene que el país en que se hacen desmontes extensos va en camino de su ruina. Por eso decía Montesquien en su *Espíritu de las leyes*: «quien derriba un árbol mata un hombre.»

Y tanta es la importancia que la humanidad reconocida ha otorgado á los árboles, que los ha unido á su historia, como acontece con el famoso ciprés tradicional de los japoneses; el árbol de la libertad de los norte-americanos, plantado en 1789; el de Guernica, de los éuskaros; el árbol sagrado de Budha y otros tantos venerados como símbolo de grandes ideas ó respetado como recuerdo de altos hechos, en los pueblos más diversos.

«Se pueden considerar como un paso de positivo avance en la cultura cívica moderna—dice otro eminente publicista—las nobles iniciativas, los movimientos prácticos que tienden á llevar al terreno de los hechos el amor y la protección que, por egoísmo y por adelante debemos á los árboles, haciendo que en un día determinado cada ciudadano por sí mismo plante un árbol; y pro-

cediendo así todos, del estímulo resulta el éxito aumentado que siempre se obtiene como suma de la acción mancomunada de los más.»

No hay en nuestro país, desgraciadamente, amor al árbol, ni existe en la mayor parte de nuestros campesinos el espíritu que mueve á los de otros países á embellecer los linderos y divisiones de sus propiedades con plantaciones de especies arbóreas como los frutales, no sólo inofensivos, sino á la larga reproductivos. Por el contrario salta á la vista del que sin prejuicios recorra nuestro Condado, tan favorecido por la naturaleza, la escasez notoria de árboles en sus fértiles y pintorescos valles, en sus suaves laderas, á lo largo de sus caminos vecinales y carreteras, por incuria y negligencia generales, cuando no por hostilidad declarada al árbol, en el cual muchos mal informados creen ver un enemigo ó por lo menos un estorbo.

Bien penetrados de la trascendencia y significación que para el provecho material y para la cultura del país y hasta para el embellecimiento de nuestro querido terruño, tiene el movimiento sano y civilizador que en las naciones que marchan á la cabeza del adelanto educa al pueblo en el amor al árbol, debemos seguirlo sin vacilar, tomando como punto de partida el establecimiento de la «Fiesta del Arbol», en día señalado del año, en el cual los niños de las escuelas planten el árbol que cada uno protegerá y cuidará en adelante, ofreciendo de esta suerte á las generaciones que habrán de luchar por la vida después de nosotros, una lección práctica altamente educativa, que debe ser apoyada con persistencia por una acción organizada y sistemática, desde nuestro Consistorio, presidido hoy por hombre de elevadas miras, y desde el sitial de nuestros inteligentes y dignísimos maestros, hasta lograr que ideas tan progresi-

vas arraiguen en la opinión de todos y encarnen en la vida colectiva del hidalgo pueblo ortigueirés.

ENRIQUE BERMÚDEZ COVIÁN.

N'un retrato

A Cándido Muxía

Habana

Nunca m'esquencin da terra
qu'é pra min segundá pátria,
nin de apreixar aos amigos
qu'en Cuba viven y-aman,
feliz, ou esborrexendo,
perdín nunca as esperanzas;
e póis tí que fuches sempre
dos escolleitos da y-alma
podes, n'o meu nome, darlles
garimosa calugada,
vota un aturuxo forte
cal si ó turreiro os chamaras;
xuntoos todos; míraos ledo;
fálalles mimosa fala,
y-a rrehegándoos ao peito
diñes qu'as guedellas brancas
que n'o retrato se amostran
son do curazón as vágoas
que por non vel-os, de lonxe
verte seu amigo

ARMADA.

LA ESCUELA EDUCATIVA

Se ha dicho, y se repite continuamente, que la falta de instrucción es la causa primordial de la decadencia, del atraso, de la escasez de medios en la lucha por la vida, de la relajación de las costumbres, del avance que cada día va alcanzando el vicio, oscureciendo á la virtud, á la honradez y á la hombría de bien en la pestilente atmósfera de una degeneración que asusta, aún á los más optimistas.

Podrá ser cierto, no lo negamos, que la incultura, ó la cultura á medias, ó de oropel, y el analfabetismo sean muy poderosos factores del mal social que lamentamos. No puede negarse que donde faltan inteligencias ilustradas poco provechoso puede esperarse en orden al bienestar y á la relativa dicha con que continuamente soñamos en esta

lucha de no interrumpidos desengaños.

Pero ¿no serán juicios un tanto exagerados el atribuir siempre muchas de las deficiencias, muchos de los males de que nos quejamos á la sola falta de instrucción? Creemos que sí. Morrals, por ejemplo, no era un analfabeto, y menos los autores de las obras donde aquel desgraciado nutrió su inteligencia, haciendo acopio de unos conocimientos, cuyos resultados dejan muy atrás al más salvaje de los salvajismos.

Más daños causa el semisabio leguleyo ó el avisado cacique, ó el periodista mercenario, ó el literato que siembra la corrupción, que el más rudo de nuestros pobres labriegos, que si carece de letras, tiene temor de Dios, y útil es su penoso trabajo, con el que arranca á la tierra el *pan nuestro de cada día*.

«Cada escuela que se abre es un presidio que se cierra». Esta afirmación, que á fuerza de repetida llegó á la categoría de aforismo, podrá ser cierta; pero no siempre. Centros de enseñanza como la célebre *Escuela moderna*, donde el desdichado protagonista de la Calle Mayor desempeñaba importante cargo, no pueden cerrar presidios; antes bien, pueden ser causa de que se abran muchos.

Una curiosa estadística llamó nuestra atención, precisamente por eso, por oír todos los días que la instrucción, la mucha instrucción, sería la panacea salvadora de nuestros males, la palanca de Arquímedes que ha de mover el mundo...; lo cual es cierto, si esa palanca tiene punto de apoyo en una buena educación moral.

¿Por qué, se pregunta: la mujer comete menos crímenes que el hombre, siendo en ella el sentimiento del deber más débil, toda vez que sus estudios son más incompletos? En los crímenes cometidos por los hombres resulta un promedio de 84 por 100, mientras que en la mujer arroja sólo la estadística un 16 por 100. Es que á la mujer se la da todavía educación: al hombre se le *instruye* solamente.

En las poblaciones rurales la instrucción es bien escasa, y sin embargo de ellas no sale el mayor contingente de inmoralidad. En la población rural aún hay algo de temor de Dios.

El director de un presidio consignó

en un informe oficial que «los incorregibles son los ilustrados». Y otro decía: «En nuestras cárceles, los más perversos bribones son los que han cultivado en las escuelas su inteligencia».

No basta, pues abrir la inteligencia y nutrir la de mayor ó menor caudal de conocimientos: es necesario formar el corazón, es preciso educar. «Sin la educación, la instrucción no es más que una causa de ruina», decía Mourean Christophe.

Ahora bien; obligación sacratísima es del padre—que para eso es padre—el facilitar á sus hijos aquella educación, juntamente con la instrucción, que los haga hombres, ciudadanos útiles á su patria, á la sociedad, á la familia, á ellos mismos. La idea de progreso debe ser el lema del educador; pero sin perder de vista que el progreso moral es antes que el progreso material, pues una vez conseguido aquél, ya vendrá el otro por añadidura.

Los padres, ordinariamente, se quedan muy atrás en el cumplimiento de deber tan delicado, del primero de los deberes paternales; bien sea por falta de aptitudes, bien por criminal abandono.

La escuela, como continuación de la familia, es hoy la llamada á laborar en obra tan importante; para ello es preciso que sea esencialmente educativa: hay que aprovechar la simple resolución de un problema matemático para la misma educación moral. Los profesores no deben perder de vista que allí hay que hacerlo todo, desde el desarrollo físico y conservación de la salud, con el cultivo de la inteligencia y adquisición del mayor caudal posible de conocimientos, hasta la formación de los corazones; obra la más delicada, la más difícil, la que pide más cuidadosos esmeros: la más grande de las obras que en favor de la humanidad se encomienda á la escuela primaria.

JOSÉ M^a. LAGE.

HOJAS DE MI CARTERA

Entre los condiscípulos con quienes compartí el aprendizaje de las primeras letras, figuraba uno, que más que por inspirarlo su humilde y aun escasa edu-

cación, por que Dios le hubiera dotado de la singular gracia solo concedida á los que las Musas acarician con sus favores, todo suceso de algún relieve que acaeciera en la Villa y que todos sus compañeros comentábamos en mala prosa y torpe frase, lo explicaba él con fácil y elegante palabra, y en versos que, si bien no podían aceptarse como modelo de literatura, causaban nuestra admiración y daban á otros más entendidos, idea clara, de que aquella inteligencia debidamente cultivada, llegaría á producir envidiables frutos, que sin duda, redundarían á la postre en prestigio de su nombre y del pueblo que le vió nacer, de no haberle arrebatado la vida una epidemia variolosa que por aquella época causó muchas víctimas en Ortigueira y sus contornos.

A la sazón del suceso á que me refiero, había llegado al puerto un bergantín con cargamento de sal; y debido, seguramente, á un descuido, viose la embarcación presa de las llamas á altas horas de la noche. No existía entonces, casi como ahora, otro medio de alarmar al vecindario que el uso de las campanas, y á ellas se recurrió, para que los más animosos y serviciales, abandonando las dulzuras del sueño, acudiesen á prestar el auxilio que la tripulación del buque demandaba; y lo prestaron tan eficaz, que al cabo de pocas horas consiguieron extinguir el incendio, no sin grandes fatigas, dado los muy deficientes medios con que contaban, medios, que si no estoy equivocado, son exactamente los mismos de que aun hoy se dispone en la localidad.

A la mañana siguiente de novedad allí tan insólita y contra lo que acostumbraba mi protagonista, llegó á la escuela unos minutos después que sus compañeros de sección.

No obstante ser grande nuestra impaciencia por oírle relatar el acontecimiento, teniendo, como teníamos la convicción, dada la constante vigilancia del profesor, que no lo lograríamos hasta salir de clase, nos resignamos, bien á nuestro pesar, á que llegase la ansiada hora; pero como la persistencia de un deseo no cumplido de todo se aprovecha buena ó malamente, la del nuestro, encontró también la oportunidad de esquivar aquella obligada dilatoria.

Existía entonces, acaso hoy también, una puerta en el salen de clases que comunicaba con lo que un día fué claustro del antiguo convento, y que si entonces servía para recreo ó ejercicio de los cotidianos rezos de la comunidad, se utiliza ahora, especialmente en el invierno, para paseo de personas de ocupación generalmente sedentaria, que despues de terminar sus quehaceres, van allí, procurando una higiene asaz discutible y de la que solo la carcoma se encarga de protestar, debilitando, hasta hacerlas peligrosas, las tablas que forman su remendado suelo, y lanzando, al sentirse molestada por el continuo pisoteo, el sutil polvillo que produce su incesante labor de destrucción, polvillo, que al ser aspirado, daña los más resistentes pulmones.

Unos discretos golpes al exterior de la referida puerta así como indicando la visita de un amigo, hicieron cambiar de aspecto la clase. Salió seguidamente el profesor y si pronto le perdimos de vista, más pronto aun quisimos satisfacer nuestra curiosidad, premiando, al efecto, á nuestro incipiente poeta, que, prevenido sin duda para tal ataque, y sin hacerse rogar, púsose en pié, y dando á su actitud y acento la mayor solemnidad que le era posible, empezó á exponer el hecho en quintillas, las cuales, si no eran, ni con mucho, comparables á las de «El Rey Monje», de García Gutiérrez, á nosotros nos parecieron magníficas.

Animado por nuestros vítores y aplausos, dió principio á los primeros versos de la segunda estrofa; más antes que la terminara, vióse cimbrar una larga y flexible vara por encima de nuestras cabezas y fué aquello el *salvese el que pueda*, pasando con la rapidez del relámpago cada cual á ocupar su puesto.

Es de creer que al profesor, durante su breve ausencia, se le había participado alguna agradable noticia, dada la benignidad con que procedió ante un acto de tan marcada indisciplina; así, como también, que conociéndonos perfectamente á todos, no ignorara la buena disposición y aficiones de nuestro aplaudido orador.

Para mayor certidumbre, sin duda, limitó todo su rigor á imponerle como castigo un trabajo en prosa y otro en

verso, á condición de que ambos deberían reunir, sino inventiva, belleza y utilidad por lo menos y de entregar ultimado el primero antes de salir de clase.

Volvió el chico muy mohino á ocupar su asiento, y tras larga meditación hizo correr ansiosamente la pluma sobre el papel, no levantando mano hasta dar fin á la tarea que se le había encomendado. Advertido de ello el profesor, le ordenó diera lectura en alta voz á su escrito, lo que obediente y complacido hizo así: «Cuéntase que en uno de los barrios de esta villa, vivía no ha muchos años una anciana nonagenaria, tan elevada de estatura como falta de carnes, que, recién viuda á tan avanzada edad, obediendo, acaso, mas á su estado neurótico que á la pesadumbre por la pérdida del compañero de la mayor parte de su vida, por mas que esto acrecentara su desequilibrio nervioso, había caído en la extraña manía de arroparse en amplia y blanca sábana y visitar en tal forma á las doce de la noche el cementerio, ya para ver la sepultura del muerto ó dedicarle fervoroso rezo desde la cancilla que en uno de sus extremos tiene aquel triste recinto. Realizada la penosa misión que se había impuesto, ó que su alterado estado de salud le exigía, regresaba á su hogar, con la majestad de un iluminado y la aparente calma con que de él había salido.

Tan misteriosas visitas, practicadas, aunque alternativamente, buennúmero de veces, causaron al principio no pequeños sustos á algunostrasnochadores, que para retirarse á sus casas pasaban cerca de tan sagrado lugar; pero convencidos pronto de que lo que les pareció fantasma ó alma en pena era persona de carne y hueso como ellos, lejos de jugarle una mala pasada, optaron, sencillamente, por averiguar el motivo que la llevaba á tan desusadas horas á aquel fúnebre sitio. A este efecto, uno de los más curiosos y atrevidos, ocultándose tras un pequeño zarzal que crecía en el glacis y que algunas de sus ramas trepaban ufanas hasta introducirse por entre los balaustres de la cancilla, uniéndose en amable consorcio con sus congéneres que por la parte interior brotaban lozanos y vigorosos, arrogancia que les disputaban las ortigas y otros yerba-

jos, al extremo de dar á aquel tétrico é irregular espacio repelente aspecto, (1) esperó la llegada de la anciana, que no tardó en acercarse, con andar lento y acompasado.

Despuesde santiguarse y de exhalar hondo suspiro como denotando físico abatimiento, levantó los brazos tanto como le era posible, agarrándose seguidamente con ambas manos á los balaustres. En tal disposición, comenzó á barbotar palabras de las que nuestro curioso nada pudo comprender. Terminada lo que piadosamente pensando, debo suponer oración, abandonó la postura que había adoptado y repitiendo nuevamente, sin volverse, el signo del cristiano, dijo en voz alta con palabra clara y reposada ¡Señor! ¡Hoz, azadón y arena! ¡Mucha arena, Señor! Haciendo luego profunda reverencia, emprendió el regreso á su casa. lo propio que á la suya el oculto curioso, quien, al siguiente día, comunicó á sus amigos le que había oído; mas estos, apreciando incoherentes tales palabras, no les dieron importancia, echándolas pronto al panteón del olvido, á lo que contribuyó no poco la buena anciana, por haber cesado desde aquella noche en sus nocturnos paseos.

Con perdon de aquellos señores, seáme permitido diferir de su opinion, y pensar: que los instrumentos invocados eran para la extirpación de aquellas brozas y de los batracios y reptiles que á su abrigo se crían; y como el difunto marido de la anciana había sido marino, servido en barcos de guerra, visitado bastantes puertos y sus cementerios, nada de particular tiene que, habiendo visto, entre otros, por ejemplo, el de Cadiz, que por lo perfecto de su enarenado parecen sus patios hermosos salones, cuya esmerada limpieza en nada perjudica al natural recogimiento, pidiera, recordando acaso íntimas confidencias, arena para el nuestro, como yo también la pido.»

Quedósele mirando sonriente el profesor y cogiendo de su mesa, despues de breve pausa, un tomo de poesías de Fray Luis de León, que guardaba

(1) El cementerio de que se trata dejó de serlo desde de 1885 en que se trasladaron los restos que en él se hallaban al que hoy existe, con lo que la villa, aparte de otras consideraciones, ganó mucho en su ornato é higiene. NOTA DEL AUTOR.

como oro en paño, le dijo: «Ya que no por la inventiva, ni la belleza, pero si por la enseñanza que encierra su trabajo, queda dispensado del otro, y para que en sus momentos de ocio pueda estudiar y recrearse, le regalo este libro como merecido premio.»

FIDEL VILLASUSO.

OROPEL

(Boceto)

I

—Pois si, miña filliña: onte á noite chegouche Pepe d'ó muiño.

—Pró, voste dime que ven dá Habana ¿e él non se fora pra Buenos Aires con Xan d'a Veiga?

—¿Con quién? ¿e'ó teu mozo?

—¡Ben, ben, tia Xuana! vostedes as vellas por calquer cousa maxínanse uns amorios. Voste e ademais xente din iso solamente porque cando éramos rapaciños íbamosxuntos ó lindeiro e ó muiño.

—¡Cala, Maripepa! a tua cara está decindo que n'é verdá ó que falas... Pró, volvendo ó conto: e certo que foi pra Buenos Aires, é despois, desde alí, foise prá Habana c'unha porción de soldados cando a guerra... .

—¡Avomaria purísima! que cedo empezan á marmurar hoxe as rapazas e as vellas.

—¿E á vesté que l'importa, tia Marica? Vaya pra fonte, xa encontrará alí con quen dar á media libra.

—Asus muller, non tenfurruxes d'esa maneira ¡Como se conoce que dentro d'uns días estará por aquí o teu mozo!

—¿Quén?

—¡E quen ha de ser!... Xan d'a Veiga

—Xa somos duas, Maripepiña... . E mirade qu' é unha casualidá que volvan casquixuntos esos dous bos amigos.

—Tamén din as malas linguas que Xan ven á casarse contigo, Maripepa.

—Vólveste á poñer colorada ¡Quén com'a til!... casarse c'un habanero de Buenos Aires!...

—Xa veremos si o que chegou onte á noite dá Habana carga con outra. ¡Van quedando por aquí tan poucos mozos!...

II

—Si, amigo Juan, hace dos meses que he llegado y estoy aburridísimo. Esta vida de la aldea es imposible: aquí no hay más que ignorancia, brutalidad y barbarie; en vez de adelantar van para atrás. El Cura aquí lo es todo: él se lo guisa y él se lo come. No se piensa ni se habla más que lo que él quiere: todos aquí son unos carneros. Y el cacique, ayudado de ese señor del Pazo, hace mangas y capirotos de vidas y haciendas. Si esta tierra no se hunde pronto, hay que hacerla volar con dinamita.

—Mira, Pepe, razona un poco más y déjate de baladronadas y de las absurdas teorías con que llenaron tu cabeza tus *compañeros*, socialistas, de Buenos Aires. Desecha esas malas ideas y vuelve á ser el trabajador pacífico y sufrido, y el sincero patriota como en aquel memorable día en que te acompañé á la Dársena de Buenos Aires cuando te embarcaste con los voluntarios españoles para Cuba. ¡Que espectáculo grandioso y solemne aquel!

—Mentira y más que mentira. Todo aquello era una farsa. Estaba yo aburrido de la vida del obrero; y deseando ver más mundo y lanzarme en aventuras, buenas ó malas, aproveché esa coyuntura para viajar de balde... ¡Patriotismo! Si esa es otra mentira convencional: la patria de uno es todo el mundo.

—Cállate, por Dios, estas más salvaje que en tus peores días.

—Porque digo verdades me llamas salvaje. Los sufrimientos materiales á que estuve sometido en la vida azarosa que llevé en Buenos Aires, y los morales por cuanto vi y observé en los campos de Cuba, ya dentro de nuestro ejército, ya en el insurrecto y en el yanki, pues todo lo anduve, llevaron á mi alma la duda, y hoy no creo en nada, ni aun en la amistad... para mí no existe más que el «yo». Deserté de todos los lados y de todas las filas... me abandonó la fe; sin embargo —y esto no puedo explicármelo— cuando vi arriar por última vez la bandera que durante tantos años flameó en el Castillo del Morro de la Habana, con cuyo acto terminó el dominio español en América, lloré, no de dolor sino de rabia, y maldije á todo lo existente, á todo...

—Venga un abrazo, eres el mismo chiquillo grande de siempre, impetuoso y vehemente, y, á pesar de cuanto dices, buen patriota y amante de la religión de nuestros padres.

III

—Dejemos todo eso á un lado y hablemos de otras cosas. Creo que debemos seguir la costumbre de dar una fiesta con motivo de nuestra llegada. Para no desmentir nuestra vieja amistad tenemos que costearla los dos juntos, verás como así se te quita la mala idea que te has formado de nuestra tierra.

¿Y cuanto vamos á gastar? Porque...

—¡Amigazo!... mis ahorrillos son también modestísimos, pero hay que portarse como americano y ¡americano!... ya sabes lo que aquí significa...

Con la velocidad del rayo se esparció por la aldea la noticia de la próxima fiesta: rapazas y mozos, viejos y niños se preparaban para disfrutar de ella. Pepiño y Xan eran los héroes del día; sus nombres eclipsan á los de los mejores terratenientes de la comarca; sin embargo, sus respectivas familias si bien parecían satisfechas no dejaban de decir: *non nos trouxo nada... non nos deu nada...*

En el día de la fiesta toda la aldea concurrió á la misa solemne. En el atrio de la iglesia, Xan é Pepiño recibían felicitaciones de los hombres y las sonrisas de las mozas. Al pasar la gentil Maripepa ambos le hicieron ceremonioso saludo, al cual contestó ella con un *bos dias nos dé Dios*.

Sermón y procesión, murga y gaita, cohetes y figuras de fuego, comilona presidida por el señor cura, discursos y baile campestre: he ahí el programa que fué desarrollándose.

El atrio, sitio en donde se celebraba el baile, era el punto de reunión; allí se desbordaba la alegría por todas partes. La primer pareja que empezó á danzar fué Maripepa y Juan. Un sordo murmullo de aprobación y un cuchicheo general se oyó por todas partes. Solo Pepiño que, alegre, jaraneaba por entre las rapazas haciendo de su conversación una pintoresca mezcla de modismos platenses y cubanos, pareció algo contrariado y se retiró alejándose de allí. En cambio la feliz pareja, radiante de júbilo, bailó toda aquella tarde y noche, y recordando sus

afectos de otros tiempos juráronse amor, el que sellaron ante el altar pocas semanas después. A Pepiño no se le volvió á ver más.

IV

La demora del trasatlántico, por causa del temporal que azotaba las costas gallegas, contrariaba grandemente á Juan, quien con su *garrida* esposa lo esperaban para embarcarse con destino á Buenos Aires. Los gastos de la fiesta de la aldea, que tuvo que pagar él sólo, y los de la boda celebrada con toda esplendidez, mermaron de tal manera sus ahorritos que apenas si pudoreunir para pasajes de última clase.

Uno de esos enormes barcos alemanes, ya casi repleto de emigrantes rusos, recibió también al joven matrimonio. ¡Cuánto sufrió Juan al tener que mezclarse con aquellas sucias gentes del Norte! Y cuanto sufrió Maripepa al verse allí sepultada y privada de toda clase de comodidades! Comenzaba á abrir los ojos ante la triste realidad.

Aún les esperaba una contrariedad mayor: uno de los pasajeros embarcados á última hora fué... Pepiño!

Imposible es en uno de esos pequeños mundos que flotan en medio de la inmensidad del océano evitar encontrarse y hablarse los pasajeros. Había que resignarse á sufrir durante veinte días las impertinencias de Pepiño. Después de los primeros días en que se paga tributo al mareo, se encontraron y saludaron como si nada hubiese pasado, evitándose inútiles explicaciones. Renació la calma en el joven matrimonio y la audacia en Pepiño. Este, un día en que encontró sola á su tocaya, le recriminó cariñosamente sus desvíos y se lamentó de la soledad á que ella le había condenado. Maripepa sufrió esa y otras muchas fogosas pláticas hasta que, felizmente, desembarcaron en el puerto de Buenos Aires.

V

Sólos, sin que nadie fuese á esperarlos, sin amigos ni dinero, así se encontró Juan en la gran capital argentina. Pepiño corrió en busca de sus «compañeros de causa», mientras Juan, gastando la última moneda, alquiló un coche para ir hasta una fonda de última categoría.

Al cruzar la ciudad miraba Maripepa con asombrados ojos el movimiento colosal de coches, tranvías y automó-

viles que marchaban en todas direcciones; admiraba los grandiosos edificios del Paseo de Julio, Plaza de Mayo y la Avenida, y todo lo examinaba mientras Juan, cada vez más taciturno, sólo contestaba con monosílabos á los juveniles entusiasmos de su mujer. Esta, al verse ya instalada en una humilde y sombría habitación, sintió la nostalgia de su casa y su aldea como en el día en que se embarcó.

Semanas y semanas anduvo Juan buscando trabajo en aquellas casas en que se le conocía. Nada más que buenas palabras y alguna promesa obtenía. Cansado al fin de luchar con la adversidad se resignó á entrar de sirviente, en unión de su mujer, en una de esas grandes casas, asegurando así el sustento diario y un sueldo relativamente bueno.

Aquello no podía ser duradero: Maripepa empezó á sentir los primeros efectos de la maternidad y se hallaba rendida por el rudo trabajo á que no estaba acostumbrada, y Juan atacado por honda melancolía y sufrimientos morales que á nadie revelaba, parecía un cadáver ambulante.

Viéronse obligados á renunciar á aquella vida y sepultáronse en el fondo de uno de esos grandes patios que llaman «conventillos», donde en cien habitaciones moran cien diversas familias; pero Juan dispuesto más que nunca á luchar hasta conseguir un modesto empleo, para que su esposa pudiese vivir más descansada y tranquila en medio de tanta miseria, se lanzó desesperadamente por todas partes. Viéronse colmados sus deseos, pero cuando menos horizontes se habrían ante él, al acercarse el momento supremo en que iba á ser padre, cayó en completo marasmo, al ver que no tenía nada, ni aún disponía de lo más preciso para atender á su esposa.

Su salud, minada por tantas contrariedades, era muy delicada. Por aquellos días se le presentó de improviso Pepiño, quien por sus ideas anarquistas era vigilado por la policía. Al ver el triste cuadro de la vida de sus amigos se desató en improperios contra la burguesía y los gobiernos, y preconizó las excelencias de la dinamita, para destruir y acabar con todo lo existente.

VI

No bien repuesta Maripepa de su parto convino con su esposo en que

para seguir viviendo no les quedaba otro recurso que el de ofrecer en venta el precioso licor que manaba de sus entrañas, el cual sólo debiera servir para alimentar á su rollizo niño. Con el crecido sueldo que ganan las amas de leche y los regalos con que se les obsequia podía atender con creces las necesidades de la familia.

Llorando lágrimas de sangre fué ofreciéndose Maripepa en aquellas casas en que se pedía una ama. Después de prolijas revisiones médicas y de análisis del producto de sus pechos, obtuvo lo que deseaba. Más, un día, fué violentamente despedida por sus señores, quienes le enseñaron un anónimo en el que se les avisaba que el marido de Maripepa estaba enfermo de tisis pulmonar, lo cual habían comprobado.

La letra del anónimo era de Pepiño, quien se vengó así de los continuos desaires de Maripepa.

Este golpe fatal anonadó del todo á Juan, pero juró vengarse del infame amigo. Todos los días salía á «tomar el sol» y siempre se encontraba con Pepiño. Aquel día salió más temprano, iba casi tambaleándose y con el corazón oprimido por tantos dolores, pero dispuesto á jugar la poca vida que le quedaba. Inútilmente buscó por todas partes á Pepiño, y cuando ya regresaba á su tugurio supo que la policía lo había expulsado del país aplicándole la «Ley de residencia». Libre ya de esta preocupación, pero excitadísimo después del esfuerzo que acababa de realizar, empezó á vagar por las calles y plazas, caminaba al azar, sin rumbo determinado, agobiada su mente por negras ideas.....

Gritos de dolor, toques de auxilio, aglomeración de gente, una ambulancia de la Asistencia Pública que recoge el cadáver de un hombre de aspecto humilde que acaba de ser destruido entre las ruedas de un tranvía eléctrico... ¡Pobre Juan...!

JULIO DÁVILA.

UNA EXCITACIÓN

En el número extraordinario de EL ECO ORTEGANO, de fecha 29 de julio de 1904, se publicó un artículo mío titulado «Remembranzas», el cual terminaba con estas palabras: «Podemos decir que fuimos nosotros los precursores de estas fiestas locales y que

nuestra iniciativa de reunir los hijos de cada pueblo, ha tenido sus imitadores...»

Desde entonces los hijos de Ortigueira que residimos en la Argentina, muy poco ó nada hicimos colectivamente para nuestra querida villa, si se exceptúan dos ó tres pequeños recuerdos en que sólo tomamos participación una pequeña parte de esta no muy grande colectividad ortigueirésa. En cambio otros entusiastas hijos de diversos pueblos de Galicia y del resto de España han formado pequeñas asociaciones con las que, honrándose á sí mismo, honran á su pueblo natal.

La casualidad pone en mis manos un ejemplar del «Reglamento de la Sociedad Filantrópica de los Hijos de Cidones» que pudiera servirnos de modelo.

De él tomo estos pequeños datos: «El objeto de la sociedad es exclusivamente filantrópico para beneficiar el pueblo natal. Pueden pertenecer á ella todos los que simpatizan con esta institución, sean ó no hijos de Cidones, y que residan en la Argentina ó en cualquier parte. La cuota mensual no podrá ser menor de un peso para los que residan en esta República, y de una peseta para los que estén en España ó en el extranjero. Los fines de la sociedad son: atender, con preferencia, en cuanto lo permitan sus recursos, al fomento de la instrucción primaria; acudir á socorrer cualquier desgracia ó calamidad pública; y, propender al embellecimiento del pueblo con obras de utilidad y al recreo del mismo.»

¿Puede darse algo más altruista? Seguramente que nó.

Y si ese pequeño pueblo de Cidones, que es un rincón de la provincia de Soria con unos 500 habitantes, de los que unas tres docenas se hallan en Buenos Aires, cuenta con esa asociación, ¿por qué Ortigueira no ha de tener otras semejantes? El espíritu de imitación en este caso es muy plausible.

Los hijos de Ortigueira que en América residimos, pudiéramos constituir sociedades semejantes en Cuba, en Méjico y en Buenos Aires con fines iguales ó parecidos á la citada, nombrar un Consejo de Administración en Ortigueira para que llevase á la práctica cuantas indicaciones se le transmitiesen, y, á su vez, propusiese dicho Consejo aquellas obras que estimase convenientes.

De esta manera todos ayudaríamos á nuestro pueblo en la medida de nuestras fuerzas, contribuyendo así á su engrandecimiento moral y material, que es lo que todos deseamos.

MANUEL LÓPEZ DIAZ.

LOS FAJARDOS Y EL ESCUDO DE ORTIGUEIRA DESCRITO POR LOPE DE VEGA

Según los genealogistas, allá por el siglo VIII era señor de la villa de Ortigueira, y residía en la misma, el conde

D. Bermudo Romarínez, el cual tenía una hermosa hija, llamada Ermeresenda, que sostuvo relaciones íntimas con el rey D. Fruela I, habiendo sido fruto de tales amores el conde de Monterroso (el *Becerro de Castilla* cita en efecto, el apellido de *Monterroso* entre los del ilustre solar ortigueirés). El primogénito de éste, D. Rodrigo, se casó con la infanta inglesa D.^a Milia, hermana del rey Egberto (cuyo reinado coloca David Hume en su *Histoire d'Angleterre* en 827), y la trajo al reino de Galicia, haciendo su asiento en la villa de Ortigueira al decir de los antiguos cronistas.

Los descendientes de tan viejo solar formaron parte de la más alta nobleza gallega, emparentando con la casa real de León, sin haber renunciado al señorío de nuestra villa, pues el P. Florez publica en su *España Sagrada* (t. 18 - apéndice—p. 325) una cédula expedida por Alfonso IV á favor de su tío D. Gutierre—conde de Tuy y de Oporto,—padre de San Rosendo, en la cual le confirma (como lo hiciera ya en 925, al encomendarle el gobierno de la Galicia Lucense) la posesión de Ortigueira. Y Ordoño III, según consta también por otra cédula real, concedió asimismo al obispo Rudosindo, Abad de Celanova, los bienes que debía poseer por herencia de sus padres y hermanos, mencionándose entre ellos el señorío de Ortigueira.

Conforme los mismos genealogistas, los Lugos, Gallegos ó Fajardos, Baamondes, Montenegros, Viveros, Monterrosos y otras casas de alta estirpe traen su origen de Ortigueira y proceden del conde de Monterroso (así lo aseguran Gandara, Méndez Silva, López de Lezana, el Conde D. Pedro, Molina etc. etc.) y por ello todos esos nobles linages adoptaron como blasón las armas de esta villa, que son los tres *aguillones* con que termina el cabo Ortegál (llamado ya por el célebre matemático alejandrino del siglo II, Claudio Ptolomeo, en su *Geografía*, *Promontorium Trileucum*) y una mata de ortigas sobre cada uno de ellos, todo en campo de oro. Que no debe haber exageración en eso de suponer á nuestro pueblo cuna de tantas y tan esclarecidas familias, lo demuestra el privilegio dado á Ortigueira por D. Enrique III, en uno de cuyos párrafos dice: «que sempre en

la villa de Santa Marta obiera grandes escuderos que habían servido á los reyes» y también el de Sancho IV (expedido en 1.288) donde ya se insinuaba algo en igual sentido. Quizá fuese esa y no otra la causa de que todos los *morados de dicha villa é de sus tierras é alfozes* gozasen de la condición de *hijos-dalgos notorios* reconocida y confirmada por los monarcas castellanos.

*
*

En los comienzos del siglo XIII hallamos á D. Pedro García Gallego, descendiente de aquéllos, morando en la villa de Ortigueira como señor de la misma (según Trelles y Gandara y el *Memorial de la casa de Maldonado de Salamanca*), el cual acompañó á Fernando III á la conquista de Sevilla. Dejó varios hijos y entre ellos á Fernán Pérez Gallego que en tiempos de Sancho IV distinguióse tanto en las luchas contra los árabes, que mereció ser nombrado Maestre de la Orden de Alcántara en 1292, mientras que su hermano Juan tuvo ciertas pasiones y *landos en Galicia* (dice Cascales en sus *Discursos Históricos de la ciudad de Murcia*) que le obligaron á emigrar de Santa Marta para Francia é Italia, donde sirvió al infante D. Enrique, dejando aquí un hijo de corta edad que se crió en casa de su tío el Maestre. Este mozo, llamado Pedro Gallego Fajardo fué el heredero del señorío de Ortigueira á la muerte de su proscripto padre. Su primogénito Juan Gallego Fajardo, *siguió las partes de Enrique de las Mercedes*, quien, en premio á sus servicios y lealtad, mandólo á Murcia como teniente ó segundo de D. Juan Sanchez Manuel, Conde de Carrión, para tomar posesión de aquel reino, acompañándole á la hermosa ciudad del Segura su hijo Alonso Yañez Fajardo, último de los de esta ilustre casa, que vió la primera luz en nuestra villa.

Tanto se significó como guerrero en aquel país el distinguido ortigueirés (según detalladamente expuse en *Cronicas de Ortigueira* donde traté de esta familia con la requerida extensión) que D. Juan I, de regreso de la guerra de Portugal, hallandose en la villa de Montalván el 7 de Noviembre de 1383 y «echando de ver los buenos servicios de Alonso Yañez Fajardo... proveyó por su Adelantado Mayor del Reino de

Murcia á Fajardo, que presente estaba . . . » concediéndole además en 1387 la villa de Alhama con sus baños y castillo. El P. Mariana en su *Historia de España* (t. II. p. 312) menciona muy encomiásticamente la célebre victoria del puerto de Olivera, cerca de Lorca, obtenida por nuestro Fajardo, siendo ya Adelantado de Murcia, contra el caudillo árabe Abin Rednan; cuyo hecho de armas acabó de coronar de gloria al valeroso hijo de Ortigueira.—muerto en 1396,—conceptuado por todos los cronistas como uno de los mas insignes guerreros de sus tiempos, cual lo prueban las mercedes de que lo colmaron los monarcas.

Los descendientes de Alonso Fajardo,—que siguieron usando por armas las de esta villa,—comenzando por su hijo, (fué tambien Adelantado de Murcia—«cargo que vino á quedar como vinculado, con raras intermitencias, en su linaje y que aun despues de suprimido continuaron usando los Fajardos como título meramente honorífico,»—á quien se debe la conquista de muchas villas y castillos de aquellos reinos), ocuparon los más importantes puestos de la milicia y de la política en la espléndida tierra levantina, habiendo obtenido por los grandes servicios prestados á la patria y á la corona, valiosas concesiones, como fueron, entre otras, las ciudades de Cartagena y Lorca y las villas de Mula, Velez Blanco y Velez Rubio con el título de Marqueses de los Velez que lleva anexa la grandeza de primera clase, hoy correspondiente al Duque de Medina Sidonia.

Nieto del esclarecido ortigueirés fué aquel gran magnate D. Pedro Fajardo á cuya protección se acogió en Lorca el príncipe árabe Boabdil—conocido por el Zagal,—cuando las discordias con su hermano Abdalla Aboul Hacen, rey de Granada, sobre la posesión del trono musulme le obligaron á huir de su país, hecho que dió lugar al célebre romance del ajedrez, tan extendido por la provincia murciana, en que se ensalza la caballerosidad y valentía de Fajardo. (anécdota que Menéndez y Pelayo tiene por fabulosa atribuyendo su origen—dice Rubio de la Serna—á los tratos amistosos que Alonso Fajardo tuvo con los reyes granadinos, y por ello opina también con el literato alemán Fernando Wolf, que debe referirse

al mismo D. Alonso y no á D. Pedro, como se hace generalmente.)

*
**

El arribo de los Fajardos á los campos murcianos, procedentes de esta lejana villa de Ortigueira; sus insignes hechos de armas que los elevaron á la categoría de héroes, y la activa intervención de tales esforzados capitanes en cuanto hacía relación con aquellas comarcas levantinas en los clásicos tiempos caballerescos, fueron causas determinantes de que impresionada la imaginación popular ante sus proezas se forjara en torno de ellos porción de tradiciones y leyendas romancescas, convirtiéndolos en protagonistas de hechos fabulosos y alterando notablemente las condiciones de su origen.

Trueba, el ilustre autor del *Libro de los Cantares*, recogió algunas de estas tradiciones referentes á los invictos Fajardos y en el trabajo en que las menta, supone que el primero de la familia que arribó á Murcia, «tan escaso de bienes de fortuna como rico en valor y ansia de gloria llamábase Pedro Gallego, no porque este sobrenombre fuese su apellido, sino por su procedencia de Santa Marta de Ortigueira, pueblo de Galicia, cuyos actos de arrojo y valentía fueron tantos y tan remarcables que muy pronto lo encumbraron al pináculo de la fama y le dieron el derecho de usar escudo blasonado, para el que adoptó por armas el emblema de su pueblo natal.» Y añade que digno de tal padre, al que superó en fama y esforzados hechos, fué su hijo Juan, llamado también Gallego.

Pero quien más se inspiró en esas leyendas fué el insigne Lope de Vega para su comedia *El primer Fajardo*, donde hace figurar como protagonista á Juan Gallego el I, atribuyéndole hechos que la tradición refiere al II y al ya mentado D. Pedro—nieto de Alonso Fajardo—. En dicha obra dramática se presenta al moro Abenalfajar dirigiendo un reto al campo cristiano «para el que se ofrece como adalid Juan Gallego, deseoso de cumplir una hazaña que le haga digno de ser armado caballero y en el parlamento entre ambos campeones, expresando el cristiano que tiene nobleza sobrada para medir sus armas con el moro, describe las de su escudo heráldico en estos términos:»

«La villa de Santa Marta

De Hortiguera el solar
De este mi nombre, que el mar
Cerca de su sitio aparta.
Y cuando de armas te acuerdes y
(tengas mil lunas moro,
Yo tengo en campo de oro tres matas
(de ortigas verdes;
Siete hojas cada mata, hace el bla-
(són mi solar,
Sobre tres rocas del mar con ondas
(de azúly plata.»

Según Juan Rubio de la Serna (*El Castillo del Marqués de los Velez, en Velez Blanco y los Fajardos*) Menéndez y Pelayo en sus *Observaciones preliminares* á aquella obra dramática tiene también por notoriamente fabuloso tal desafío y demuestra el insigne crítico los anacronismos en que incurrió Lope de Vega al suponer la acción en el reinado de D. Enrique de Trastamara y atribuir á Gallego hechos que de ser ciertos corresponderían á sus descendientes. A lo cual añade, con razón, el mismo señor Rubio de la Serna «que los primeros Fajardos pudieron ya ser y fueron, en efecto, famosos adalides en tiempos muy anteriores al reinado de D. Enrique de Trastamara; y que así se desprende también de lo que el célebre alcaide de Lorca D. Alonso Fajardo, llamado el *Malo*, expresó en aquella áitiva y elocuente carta que dirigió en queja al rey D. Enrique IV, echándole en cara los grandes servicios prestados por *un agüelo y seis hijos y nietos*».

Que el escudo de los Fajardos, tan hermosamente cantado por el *Fénix de los ingénios*, que aparece esculpido con gran prodigalidad en la soberbia catedral murciana y en cuantos palacios y castillos levantaron los Adelantados en aquel hermoso reino (á París han marchado poco ha los artesorados del palacio de los Velez donde estaban repetidamente talladas nuestras armas) era el de Ortigueira, nos lo dice, además de Trueba (que lo describe), el licenciado Cascales en la genealogía de los Fajardos («cuyo solar muy antiguo—dice—y muy noble está en Santa Marta de Ortiguera») publicada al frente de sus *Discursos Históricos de la ciudad de Murcia*: «Las armas de los Fajardos—escribe—que las hay dentro de los muros de Santa Marta de Ortiguera y en el Ponto y en la fortaleza de la dicha villa, son tres aguilonos sobre ondas

de azul y plato con tres hortigas verdes, siete hojas en cada rama, en campo de oro.» Por esa razón fué también adoptado tal escudo heráldico por los Lugos, Viveros, Ortigosas, y, en una palabra, por cuantas casas de esclarecida estirpe procedían del viejo é ilustre solar de Ortigueira, las cuales vanagloriándose de su oriundéz no quisieron usar otra enseña que aquella que simbolizaba este bello rincón de los antiguos artabros, cuyo blasón pasaron triunfante por media España para honra suya y gloria de nuestro pueblo.

Pero, indudablemente, quienes mas lo ilustraron y difundieron han sido esos Fajardos protagonistas de romances y leyendas, sobre los cuales tanto llevan escrito historiadores, genealogistas y poetas, — ocupando por ello un puesto preeminente en la bibliografía patria, — que están reputados por todos los escritores como los mas insignes guerreros salidos de Galicia; de quienes dice muy oportunamente el señor Rubio de la Serna (y mento sólo á los extraños para que no se juzguen estas aseveraciones como fantasías del cariño local) «que quizá no pueda citarse en España un linaje, como el de los Fajardos, que en una sucesión continuada de generaciones y por mayor número de sus individuos, se haya mantenido su fama é hidalguía con hechos memorables en servicio de su rey y de su patria»... añadiendo más adelante: «De como los Fajardos que llevaron este título lo enaltecieron é hicieron tan famoso como sus antepasados glorificaron su propio nombre, lo testifica la historia al consignar sus gestas por tierra y por mar como esforzados capitanes, y sus meritorios servicios como cortesanos, políticos y diplomáticos.»

FEDERICO MACIÑEIRA.
Cronista de Ortigueira

TRISTE DESTINO

«En el certámen de los pueblos ganará la palma aquella nación que mejor haya cumplido los preceutos y exigencias de la Higiene.»

Loeffler.

Todos los países gobernados por hombres capacitados, conceden excepcional importancia á los asuntos que afectan á la salud pública, perfeccionando su legislación cuando lo exigen los descubrimientos cientí-

cos que ofrecen á la humanidad eficaces medios defensivos. Y, es de notar, que los pueblos que más se distinguen por su amor á la libertad son precisamente los que promulgan leyes sanitarias más coercitivas teniendo en cuenta sin duda que, por liberales que seamos, hay una libertad que no podemos admitir, la de extender la enfermedad alrededor de uno mismo. Mas, los Estados que tienen la desgracia de estacionarse en el avance progresivo, por ineptitud crónica de sus gobernantes ó por su atonía congénita, esos, están condenados á eterno terreno de cultivo de todas las calamidades. No es preciso un sutil espíritu de observación para comprobar ésto. El fenómeno se presenta entre nosotros y podemos percibirlo con claridad; la enérgica campaña emprendida por los americanos para sanear la isla de Cuba ha repercutido aquí produciendo un aumento de tuberculosis originada por la inmigración de numerosos compatriotas que huyendo de los rigorismos yankees vienen á morir á su tierra, legándonos millones de bacilos que germinarán sin mucha dificultad. Es nuestro destino; expulsados de las colonias por una nación poderosa nos hallamos aún obligados á recoger los detritus de su portentosa civilización. ¿No te parece lector que en el certámen á que alude el sabio doctor alemán no podremos aspirar á otra palma que sea la del martirio?

MANUEL BERMÚDEZ ALFONSO.

FRAGMENTO

del ensayo pedagógico en tres actos y tres cuadros, en verso bilingüe

GLORIAS GALLEGAS

Cuadro 2.º — Escena II.

Galicia y las Provincias de la Coruña, Pontevedra, Lugo y Orense.

Galicia. — Cantad, cantad hijas mías mi favorita canción cuyas notas ecos son de angélicas melodías, estended sus harmonías por montes, valles, lugares, por florestas y pinares; imprimidle tierno acento al cantar del sentimiento, ¡al mejor de los cantares!

Bien alegre ó quejumbroso, grito de paz ó de guerra el á-lá-lá siempre encierra dejos de un cantar mimoso.

A su arrullo cadencioso nuestra cuna se ha mecido, á su compás ha latido la fé en nuestros corazones, nuestras más nobles acciones á sus ecos han surgido.

LEANDRO PITAS. BOADO.

LOS DOS SANTUARIOS

Era en el mes de septiembre; las primeras luces de aquel día aparecían con un sol tibio, confortador; el calor suave aspiraba con lentitud las temblonas gotas de rocío, depositadas en la fresca verdura de los campos, últimas lágrimas de flores cansadas próximas á rendirse á la fría y aniquilante labor del otoño: como lejano eco, percibíase en las tranquilas calles de la villa, un chasqueante ruido acompasado, el duro sonar de fuertes pasos; eran gentes compañeras del alba, que vencidas del destino, se encaminaban resignadas, alegres quizás, á su templo de trabajo, al acariciado pedazo de terruño en el que han gastado viriles energías. Varios grupos de gente animada y gozosa se ven cerca de la playa, haciéndolo descansar sus cuerpos de largas jornadas, para continuar muy luego su peregrinación al escondido y lejano santuario.

Yo, de natural inclinado á excursiones de esta índole, habíame dispuesto con premura, y á la sazón me dirigía á sorprender el sueño de mi entrañable amigo Carlos, compañero de romería entonces. De primera intención logré desviar su pereza y ello me extrañó, conocida su escasa afición á tales trazas de vida madrugadora; pero bien pronto hallaba explicación á este hecho insólito; mi buen Carlos proyectaba una hazaña de amores, árdua en el realizar, y en su espíritu soñador aleteaban entonces estímulos inquietantes de esperanzas.

Salimos poco después hácia un muelle resquebrajado é incompleto, desde el cual en periódicas barcadas eran conducidos los romeros al opuesto margen ribereño, á través de la ría sosegada y chispeante con reflejos de plata; ya esperaban algunos de caras sencillas y asombradas, buenamente acomodados en la lancha, cuando llegamos y hubimos de tomar puesto en ella.

Desplegadas muy luego las telas y entregadas á la merced del viento, la embarcación comenzó á cortar rápida el cristal movedizo de las aguas. Las alegrías de la creación mostradas por naturaleza magnífica, se filtraban en los corazones bien dispuestos de aquellos creyentes; los rayos de fuego que el astro envía desde lejos aplacaban dul-

cemente las molestias del remusgo sutil que empujaba la barca; á lo largo de la vista, en las vertientes de las montañas, desnudas ya de sus frutos, avanzaba lentamente el plano de luz solar que rehace y vivifica las tierras; todo allí era expresivo de vitalidad y contento; y á pesar de ello el semblante sombrío de mi amigo denunciaba amarguras y preocupaciones fantasiosas, luchaba su alma, con alternativas de ilusiones y desencantos, y en vano intentaba yo, aventar de su espíritu tales molestias, y traer claridades para que compartiera el regocijo de los demás; él seguía pensativo é indeciso, y el barquero, un viejo tostado por el sol y curtido en las auras marinas, le miraba fija y serenamente, despidiendo fuertes hálitos entre bocanadas de humo del cigarro.

Breve tiempo había transcurrido y en verdad muy ligero para quien hojeaba con despacio, páginas difíciles del corazón, cuando desembarcamos en la contraria ribera ayudados del remo que el barquero tendía hácia tierra apoyándolo en la base de algún peñasco lamido por el agua.

Puestos en la playa, subimos luego por el angosto camino que parte de la orilla cruzando la vega lozana, ancho límite entre el mar y las montañas. Y allí continuó más movida la algarabía y expansión jaranésca de esos peregrinos que nos acompañaban. Yban estos enfilados por la estrechez del sendero y sus diversos trages de afrenda que eran blancos, amarillos ó azules, rústicamente elegidos, de no muy artística forma y adornados en sus bordes por estrechas cintas doradas con torpeza, presentaban un vistoso conjunto. Notábase algo de clásica sublimidad, observando como la apacible melancolía y franca dulzura de las almas célticas, era movida violentamente, con locura de bacante, al impulso de ciegos entusiasmos de religiosidad.

Así llegamos al estenso caserío del valle; y al atravesarlo, durante el camino, nos regocijamos contemplando robustas mozas de descuidada belleza, que nos sonreían con cierta ingenuidad picaresca; yendo entre zarzales columbramos algo de los sinceros coloquios que en la quietud del prado sostienen parejas enamoradas, mientras los ganados que guardan, pacen calmosamen-

te, haciendo sonar á veces sus esquilas; más lejos divisamos dos ó tres viejas, envueltas en toscos mantos de estopa, que descienden con medidas pausas del remonte en que se asienta una iglesia. Confieso que aquel frondoso ambiente nos atraía imperiosamente, ávidos como estábamos de naturaleza y hastiados de urbanismo y artificios de vida cortesana. Cuando mas hondamente gustábamos de aquestos cuadros sangrantes de la creación, mi amigo se detuvo de pronto y me propuso renunciáramos á la romería; había para él algo de más inefables encantos escondido entre aquellos plácidos lugares y es fuerza que esto le retuviera; comprendí que obraba en virtud de sentimientos muy ajenos á la fé, pero que son altares erigidos en la conciencia é inspiran de ordinario el proceder de los hombres; y aunque no hubo razones con las que yo no le instase á seguir la expedición y á que frenara su voluntad, que yo veía perderse, fué tal su actitud solicitante que consentí en acompañarlo á su loca aventura, aún á trueque de irritar la paciencia del Santo que esperaba en la oculta ermita de la montaña, para conceder auxilios y beneficios. Mi amigo se había inmovilizado allí, y no podría basarse lógica suficiente á convencerlo, pues era encadenado ya á ese sentimiento poderoso que todo lo cambia y todo lo vence; estaba enamorado y era fiel sometido á los imperativos despóticos de la Diosa á cuyo santuario acudía entonces en adoración insensata.

Una nube de tristezas cubrió tenebrosamente las fantasías de juventud que me alegraran; dolíame ver á Carlos cautivo en las finas redes de un corazón misterioso, prisionero de una mujer de correcta belleza y elegantes líneas, pero de alma inquieta y laberíntica; y así quedé deteniendo mi reflexión en esta pregunta de hondos misterios: el amor es acaso el camino de la verdad?

Los romeros entretanto, dejando las ultimas efflorescencias del valle que se confundían ya con las primeras asperas montunas, se iban perdiendo en el hundido camino que sube á la montaña, oculto en la ceñida sombra de robledales y castaños; y en esas gentes se realizaba la maravillosa paradoja de la fé, que ciega como es, guía docilmen-

te á las multitudes hácia el orden y la justicia, fundamentos imprescindibles de toda organización social perfecta.

PEDRO CASTIÑEIRAS TELJEIRO.

LA MEJOR POLITICA

Es, desgraciadamente, entre nosotros cosa rara la afición á los estudios de carácter práctico, siendo tal vez la falta de perseverancia y coordinación en esos estudios uno de los motivos que más directamente contribuyen á nuestro pobrísimo estado de adelanto. Por ese mal padecemos todavía en nuestra patria uno de los daños de que debiéramos estar curados hace tiempo, si la asiduidad y el orden que requiere la organización de las diversas actividades se hubieran encaminado metódicamente á fundar lo que constituye la base más firme de la vida nacional, lo primero que se requiere, según la gráfica expresión de un ilustre tratadista, para «hacer país»: la formación del Catastro general parcelario, que con el Censo de población constituye uno de los dos elementos integrantes de todo Estado. En el nuestro estamos en tal situación que, apesar de lo mucho que en tal empresa hemos trabajado y de gastar en ella fuertes sumas (quizás más de un centenar de millones de pesetas desde el año 1870) llegamos en cuanto al conocimiento del territorio á no saber siquiera con aproximación el suelo en que vivimos, el soñar de nuestra casa.

La desorganización en este servicio ha sido tal y tanto el olvido de la realidad por los por partidos gobernantes que hoy después de haber, por eso mismo, caminado de fracaso en fracaso, nos encontramos poco menos que á la misma altura en que estábamos cuando el gran Jovellanos exclamaba: «¡Ojalá pudiera reivindicar para mi patria la gloria de haberse perfeccionado en topografía interior y formado una nueva y exacta carta de nuestra Península, sin la cual la política no formará un cálculo sin error, no dará sin tropiezo un sólo paso!»

Si Política quiere decir arte de gobernar un Estado, ¿no será para nosotros la mejor política la que se encamine á remediar un mal tan grave como el que representa el desconocimiento del suelo patrio, ocasionando una enorme ocultación de riqueza imponible, que asciende de seguro á un total de más de medio millón de pesetas? ¿No habrá llegado ya la hora de poner en ejecución un proyecto que ha de ser el único que pueda dar firme base al objeto del dominio sobre el suelo; que facilitará, abaratándolas, las transmisiones de bienes; que será la guía imprescindible para la política agraria, siendo sostén del crédito territorial, indispensable además para dirigir acertadamente toda obra financiera y la de defensa del territorio; que servirá, en suma para despertar las actividades sociales en punto á la cultura general y ha de ser el más formidable ataque al caciquismo y la burocracia?

De presumir es que ese momento feliz no esté muy remoto en la historia de nuestra patria, ya porque así lo hace suponer el reciente movimiento de la opinión á favor del catastro, ya tambien por el ánsia que en todos se despierta hacia nuevas orientaciones de la política, fundándola en un sentido práctico, real, que nos libre del espectáculo que ofrecen nuestra sociedad y nuestros políticos, sentido, en fin, en el cual todos debemos inspirarnos, no para dejarlo caer luego en la sima del pesimismo, sino para librarnos del que flota hoy en la atmósfera en que vivimos, nada adecuada por cierto, para la confortación y el sosiego de las almas.

CÁRLOS MARTÍNEZ GARCÍA.

FELICES AUGURIOS

El resurgimiento de los pueblos hacia su engrandecimiento moral y material, se debe indudablemente al espíritu de asociación, ideal que acaricia tambien, el alma noble del pueblo gallego.

El espíritu de asociación ha sido siempre la fuerza potente, impulsiva y generadora de las ideas; la transformadora de las razas, pueblos, usos y costumbres; la energía vital por excelencia de la grandeza de las naciones cultas, libres, pensadoras.

Por el espíritu de asociación, los hombres, como los pueblos, realizan su evolución hacia el fin determinado de sus propósitos y aspiraciones, colmados casi siempre, por el éxito más lisongero, cuando los esfuerzos son comunes y las abnegaciones sublimes.

Condensando las ideas generales que anteceden y aplicándolas á la villa de Ortigueira, suma satisfacción nos proporciona el saber que, aunque en una forma lenta, nuestro pueblo ha entrado también en la senda de las nuevas ideas, creencias é inclinaciones que caracterizan la evolución del siglo XX, en sus múltiples manifestaciones de civilización y progreso.

La celebración de las fiestas cívico-religiosas, que tendrán lugar el 29 de julio del corriente año, con el agrega-

do de una *exposición-feria*, donde se exhibirán los productos de nuestra fértil región, significa el espíritu de asociación que predomina en sus organizadores, llevando al convencimiento de los forasteros que concurren á dichas fiestas y, así como también á los representantes de la nación y de la provincia que en Ortigueira hay hombres, por su inteligencia y por su saber, capaces de iniciativas fecundas en pro del adelanto moral y material del pueblo gallego.

La villa de Ortigueira, sin mas títulos importantes que los que por la Historia corresponden á la generalidad de las villas de España, está llamando la atención hace años, no solamente de los pueblos limítrofes, sino tambien de sus representantes en el orden nacional y provincial por sus progresos materiales y especialmente por las cualidades sobresalientes de sus hijos, que en la prensa, en el foro, en la historia, en las artes y en las letras se manifiestan en una forma brillante y digna de admiración. A Galicia, como á otras regiones de España, le sobran hombres de valía; lo que les falta es la independencia de sus actos, la libertad de sus acciones, la autonomía regional en una palabra, para transformar la vieja rutina de la obediencia al caciquismo absorbente, que deprime energías potentes, actividades fecundas, ideales nobles.

¡Hijos de Ortigueira! no os detengáis en vuestras incipientes y hermosas iniciativas; luchad con entusiasmo, por el renombre de ese pedazo de tierra española, que no obstante su pequeñez como territorio, ha centuplicado su fama, por vuestros esfuerzos en pocos años, transpasando tambien el Atlántico, como el eco más simpático, que en la gran metrópoli del Plata, suena oído de centenares de españoles y argentinos, no por cierto como las notas melancólicas de la gaita gallega sino como un himno majestuoso del

progreso de la muy noble é histórica villa de Ortigueira.

JAVIER L. REGUERA.

COLOFÓN

EL ECO ORTEGANO, dentro de su modesta esfera, pretende contribuir, publicando el presente número extraordinario, al mayor esplendor de los festejos que una meritísima comisión popular ha ideado y llevado á cabo con el éxito que es notorio.

Y era de rigor que yo hubiese hilvanado unas líneas como epílogo de trabajos, que fuera modestia, honran á la intelectualidad local.

Pero la verdad es que, alejado hace ya tiempo de estas lides periodísticas, carezco de esa difícil facilidad que da el comercio cotidiano con la letra de molde y por eso, bien á mi pesar, no escribo sobre motivo alguno especial y limitado mi tarea á servir en este lugar postrero el menester de colofonista, valga la palabra.

Por otra parte ¿que se quiere que hiciera? Probablemente tu, pío lector, me imitarías, ya que los distinguidos escritores cuyas firmas son precedentes han espigado, con fortuna, en todos los campos de la actividad, cuanto yo pudiera decir sobre los eternos problemas que agitan á la opinión en estos tumultuosos tiempos del vivir rápido, apresurado, febrilmente intenso, que caracteriza á nuestra época.

Por esta razón yo no hago mas que los honores de la casa á tan estimables huéspedes y cumplido, gustosa y afectuosamente este deber de cortesía, me retiro por el foro.

D. CALVO.

A. Roman Martínez é Hijos

TALLER DE EBANISTERIA

Se hacen toda clase de trabajos sumamente artísticos y espléndidos.

NOVEDADES EN TODA CLASE DE EFECTOS DE SOMBRERERIA



¡IMPORTANTE!

Esta casa acaba de recibir las más altas novedades en sombreros y gorras de todas clases para la temporada de verano, á precios inverosímiles, por lo baratos.

Acudid á la sombrerería verdad, única en esta villa en el ramo, antes de emplear malamente vuestro dinero, y fijarse bien. No admitais papeles en los sombreros para ajustarlos á vuestra cabeza. Asimismo hace toda clases de trabajos, como son: teñidos, lavados, planchados y reformas á gusto del másexigente. Su larga experiencia, le pone en condiciones de servir al público, con prontitud, elegancia y economía.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE
DAVID FOJO
ORTIGUEIRA

Se hacen toda clase de trabajos de imprenta á precios módicos; encuadernaciones y sellos de caucho.

Surtido completo en papel, libros y objetos de escritorio, menaje para escuelas.

Papel pintado para decorar habitaciones y glacier para cristales

¡Últimas novedades!

Tarjetas postales, desde las clases mas finas hasta las más baratas. Colecciones toda regia y vistas de Madrid á 5 cts. Vistas de Ortigueira á 5 cts.

Tarjetas de felicitación y estuchería de lujo.

Inmenso surtido en objetos de regalo á precios barattimos.

ALMACEN DE MUEBLES

— DE —

Gerardo Corredoira

SAN ANDRES, 20 Y 22.-LA CORUÑA

Importante surtido en camas de hierro y madera, sillería de todas clases y gran variedad en hules y alfombras.

Esta casa se encarga de hacer toda clase de instalaciones, contando para ello con un completo surtido de muebles para salas, gabinetes y comedores.

EXPOSICION PERMANENTE

PRECIOS REDUCIDOS

